

## El diccionario

La vida de Ramón Díaz fue sumamente peculiar. Aunque es bien sabido que todas las vidas son peculiares, valga la redundancia, a su propia manera. Pero esta lo fue por demás. Descendiente de inmigrantes ilegales, logró ser reconocido como uno más entre sus conciudadanos luego de mucho esfuerzo, y tener a su disposición todas las posibilidades que se abrían para quienes eran hijos dignos de Norteamérica.

De niño se inclinó con devoción a las matemáticas, que fueron su pasión toda la vida, al mismo tiempo que iba descubriendo un gusto especial por la mecánica y las máquinas modernas. Debatándose entre intereses muy diferentes, terminó convirtiéndose en piloto de pruebas de aeronaves experimentales en la milicia del citado país. Por varios años se entrenó en simuladores de vuelo, y piloteó modernos cazabombarderos, hasta que llegó el día en que debería dirigir un prototipo de avión fantasma, el único en su género... Y lo estrelló. Los motivos nunca fueron claros. Ramón siempre defendió su postura, indicando una falla en el sistema eléctrico, mientras que los ingenieros rebatían esa posición culpando al piloto por realizar maniobras peligrosas. Sea como fuera, Ramón terminó en el hospital, en coma, y por momentos acariciando a la muerte. Finalmente despertó, luego de casi quince días de vida vegetativa, sólo para descubrir que la mitad de su cuerpo estaba paralizada por los daños que sufrió su cerebro en el accidente. De forma increíble, el problema motriz afectaba casi de forma indistinguible a su hablar, sus pensamientos eran claros, y sus sentidos no se vieron afectados. Esta situación lo llevó a retirarse con una jubilación de privilegio apenas a los veintiocho años de edad. Aún le quedaba toda una vida por delante, y podía hacer lo que quisiera con ella, salvo tal vez, deporte.

Por varios años se dedicó a viajar por el mundo, conoció cada rincón oculto, cada maravilla de la naturaleza, cada rostro, cada lugar histórico y cada paraje que deseó. Luego regresó al país natal de sus padres, donde ellos habían retornado, y se afincó allí. Dueño de su tiempo, lo dedicó a investigar los grandes misterios de la vida, la metafísica, la cábala, los libros ocultos... Retomó su amor por las matemáticas y desarrolló varios sistemas de cálculo extraordinarios.

Todo se desarrollaba en la calma absoluta, hasta que un día, de la forma más inocente, un hecho cambió su vida para siempre. Lo había visitado un sacerdote de su parroquia, quien se había convertido en su amigo, y con quien charlaba por horas de diferentes temas, tanto teológicos y morales, como sociales y literarios. El sacerdote estaba hojeando un importante volumen de un diccionario que Ramón tenía sobre su cama, mientras

charlaban entretenidamente sobre la torre de Babel y los idiomas, y el misterio del origen de cada palabra.

- ¿Sabes qué? - le dijo - Si el misterio del lenguaje sucedió como lo relata la Biblia, literalmente, significaría que los idiomas aparecieron de una vez, todos juntos, no como una evolución, y fue Dios quien le dio los nombres a las cosas, por algún motivo misterioso que no podemos siquiera comprender.

- La Biblia no debe tomarse de forma literaria, tú mismo me lo has dicho. - le respondió Ramón.

- Sin embargo hay veces que me parece más factible el cuento misterioso y fascinante de las escrituras que las hipótesis retorcidas que barajan los científicos...

- De todos modos los idiomas han ido evolucionando de lenguas antiguas, tomando palabras unos de otros, y por eso tienen raíces comunes con muchas palabras semejantes.

- Eso no impediría que la historia de Babel fuera cierta, y que posteriormente los idiomas se mezclaran nuevamente por las diferentes razas y culturas. Además, estás interrumpiendo la idea que se me había ocurrido. Como te decía, si el lenguaje fue creado por Dios, cada palabra debería tener un significado místico, o especial.

- Como en la cábala. - lo interrumpió nuevamente Ramón.

- Sí, o de otras formas. Tal vez existen miles de misterios en el lenguaje, algunos numerológicos, como la cábala, y otros que no se han descubierto aún. Imagínate, por ejemplo, que exista una palabra que fuera la raíz de todas las demás. No sé si es posible, pero me refiero a una palabra a partir de cuya definición, y de las definiciones de las palabras de esa definición, en un ciclo infinito, pueda definir a todas las demás palabras existentes en el diccionario.

Ramón, se mostró confundido por un instante, analizando lo que el párroco le había mencionado. Este, por su parte, abrió el diccionario y buscó una palabra en particular.

- Por ejemplo, yo elegiría la palabra "Verbo". Esta palabra es tan importante que debería tener un significado mágico y místico, y pienso que como el Verbo es el origen y el principio de todo, podría tener esa propiedad mágica. Veamos... Verbo... Verbo... - Dijo mientras ojeaba el diccionario con atención.

- ¡Ah! ¡Aquí está! "Verbo: Parte de la oración que expresa una acción o un estado bajo una forma variable, según las disposiciones del sujeto que habla. // Segunda persona de la Santísima Trinidad, encarnada en Jesús..." Aquí tenemos numerosas palabras nuevas, cada una de las cuales tiene a su vez su significado con nuevas palabras. Así, tendríamos un árbol con millones de ramas, algunas de las cuales se entrecruzan cuando tenemos

palabras repetidas, pero abren nuevas ramas por cada nueva palabra que se encuentra.

- Es un juego muy interesante el que me planteas, - lo interrumpió Ramón pensando en la cuestión - y tengo mucho tiempo para pensarlo. Podrías construir una filosofía sobre las palabras y las estructuras subyacentes. Podrías decir que la palabra generadora de todas las demás es el propio significado de la creación, y sus hijas más próximas, tal vez, grandes poderes del universo, mientras que las que se alejan de ellas, muy abajo, son sus opuestas, las alienaciones. Es demasiado interesante... ¿Cómo nunca, en la historia de la humanidad, se le había ocurrido esto a alguien?

- Es un simple juego, lo acabo de idear debido a nuestro diálogo...

- Pero podría ser cierto. Podríamos estar descubriendo secretos largamente perdidos, consultando un mero diccionario.

- Si tomaras en serio el tema, deberías primero saber cual es la lengua madre, en cual basarte para hacer las investigaciones. Y elegir un diccionario en particular, puesto que todas las ediciones son diferentes. Eso significa que muchos no contienen la verdad absoluta...

- No importa. Utilizaré este, el de la Real Academia Española. Es mi idioma, y si la historia de Babel es correcta, todos los idiomas deberían contener a la verdad, sacando las palabras extranjeras.

Ese diálogo tan simple, como se mencionó antes, cambió para siempre la vida de Ramón. Éste se encerró por años a buscar la palabra misteriosa, el germen de la verdad y de la vida. Evidentemente empezó por Verbo, Dios, y otras semejantes, pero el análisis de todas las posibilidades se convertía en una serie geométrica infinita. Llenaba páginas y páginas con la información recolectada, con notas e ideas, pero nunca se sentía cerca siquiera de poder desenmarañar la verdad. Peor aún, no era capaz de aceptar o rechazar palabra alguna, y soñaba con encontrar un mecanismo simple mediante el cual pudiera aislar árboles de palabras y luego ir buscando sus raíces entre las palabras que no estuvieran contenidas en ellos. Pero todo árbol parecía ser infinito. Eso lo llevó primeramente a pensar que a partir desde cualquier palabra se podían generar todas las demás, y por lo tanto el juego carecía de sentido. Pero tampoco podía probarlo.

La investigación cambió el día que se compró una computadora. Siempre había sido reacio a los aparatos electrónicos, pero estaba demostrado que moriría de viejo antes de poder descubrir algún resquicio de verdad en su búsqueda. Amante de las matemáticas como era, no le costó mucho aprender a programar y diseñar un sistema de base de datos que contuviera todas las palabras del diccionario ligadas con sus definiciones, de manera que se pudieran hacer búsquedas y que la computadora automáticamente pudiera realizar las tareas de ordenación que a él le tomarían años. Así, el

proyecto tardó tres meses en programarse, y unos ocho meses en cargar todas las palabras con sus significados al sistema en la estructura que necesitaba, utilizando una base de datos del diccionario digital de la Real Academia. Las primeras pruebas del sistema fueron un fracaso, puesto que contenían errores y requerían inmensas cantidades de memoria y espacio en disco, pero finalmente los problemas fueron solucionándose poco a poco y el programa demostró funcionar de manera estable y sin mayores inconvenientes.

Finalmente, un 23 de marzo, todo estuvo listo. Ramón presionó una tecla, y el algoritmo empezó su búsqueda, uniendo palabras y significados entre sí, al mismo tiempo que descubría secretos profundos dormidos por demasiado tiempo. Gráficamente no podía observarse mucho, pero la máquina estaba construyendo internamente el grafo que contenía todas las verdades del universo, tan ciertas como el clérigo las explicó de forma inocente hacía ya varios años atrás. Si bien la computadora era de gran poder para la época, de todos modos el algoritmo corrió por varios días hasta tener una respuesta.

En un cierto momento de un día ya olvidado, Ramón despertó de manera repentina, y observó que el procesamiento había terminado. Nervioso, casi eufórico, indicó los comandos requeridos para que se le diera la respuesta tan largamente esperada, y que había pensado nunca conseguiría. Con las manos temblorosas guió los controles en pantalla, mientras que las lágrimas apenas le permitían leer el contenido de ella. Y cuando por fin encontró la respuesta, cuando entendió, no tuvo tiempo siquiera para suspirar, o sonreír. Simplemente desapareció. Alma, cuerpo y mente. Todo se esfumó. Su cuerpo nunca fue encontrado, y su computadora jamás funcionó de nuevo.

- Fue el rapto, adelantado. - dijo su amigo sacerdote en la primera misa de su novenario.

Nadie comprendió lo que decía, pero eso no era importante.

Jeu Azarru (26/03/2003)